

# El amor en los tiempos del cuento

**Manuel Cortés Blanco.**

**Discurso de Ingreso en la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas.  
Madrid, 19 de junio de 2008.**

A priori, pocos términos despiertan tantas connotaciones positivas como la palabra cuento. Así, de una manera casi instintiva, nos acerca a otros conceptos cargados de empatía: ternura, infancia, inocencia, fantasía, imaginación. A todos nos durmieron siendo niños con historias de hadas, princesas, espejos mágicos, carrozas encantadas. Y todos, absolutamente todos, hemos crecido creyendo en ellas.

Sin embargo, desde un punto de vista formal, ese vocablo no suele ser bien tratado en el uso cotidiano del lenguaje. De hecho, el diccionario lo define en su primera acepción como “relato, generalmente indiscreto, de un suceso”. O en otra, como una “narración ficticia, ocasionalmente engañosa”. ¿Por qué indiscreto?, ¿por qué engañosa?

El cuentista no sale mejor parado en esas definiciones: “persona que acostumbra a informar de enredos, chismes o embustes”. Quizás por ello, muchos de quienes se dedican a ese arte de contar prefieran llamarse “narradores orales” o simplemente cuenteros.

En este mismo contexto, solemos utilizar la palabra cuento desde una perspectiva negativa. Si alguien “tiene cuento”, nos engaña. Si “vive del cuento”, es un vago. Si “viene con cuentos”, dice lo que no le importa. Si “le echa cuento”, exagera. Si se recrea en “el cuento de nunca acabar”, su conversación resulta larga y tediosa. Si tiene “más cuento que Calleja”, fantasea. Y si divaga con “cuentos chinos”, pretende justificar lo injustificable.

Esa aureola peyorativa se ha transmitido al mundo literario. En la actualidad el cuento es un género maldito que levanta la suspicacia de las editoriales. Estas se resisten a publicarlo porque consideran que no tiene lectores, abriendo y cerrando un círculo vicioso. Cierto es que como en toda verdad hay gloriosas excepciones, y que apenas un mínimo de autores acaparan la mayoría de las ventas. Pero ésa no parece la norma. Quizá por ello mi editor insiste tanto en que debo pasarme a la novela histórica, a sabiendas de que hoy en día es el género más demandado. Renovarse o morir.

Otro frente de críticas al cuento tradicional proviene de algunos expertos de la psicopedagogía. Así, han señalado que en su trama suelen presentarse dos mundos claramente diferenciados. Uno “bueno”, lleno de luz, en el que hadas, princesas y duendes campan a sus anchas. Y otro “malo”, dominado por la oscuridad, donde brujas y madrastras encabezan lo perverso. Esta dicotomía presentada a los niños no se corresponde con la realidad, plena de matices y claroscuros.

Por otro lado, tampoco comparten la aparente sencillez de muchas de sus historias. Y así, tomando como ejemplo el cuento de *La casita de chocolate*, cuesta entender desde una mentalidad infantil que unos padres abandonen en el bosque a sus hijos, por muchas necesidades que tengan, o que estos se venguen de la bruja encerrándola en el horno.

Sin embargo, en contra de lo expuesto y las buenas intenciones de mi editorial, seguiré creciendo entre cuentos. Primero, por lo mucho que disfruto al escribirlos. Segundo, por sus múltiples propiedades: literarias (permiten una lectura rápida, invitan a la reflexión, entretienen sin efectos secundarios), de uso (lúdico, educativo o terapéutico, habiéndose utilizado en hospitales, geriátricos, empresas...) e incluso psicopedagógicas (a fin de resolver conflictos, mejorar la autoestima, desarrollar facultades psíquicas y, tal como asegura un estudio procedente de una Universidad norteamericana, activar conjuntamente con su lectura ambos hemisferios cerebrales). Y tercero, sobre todo, porque pertenezco a una familia de cuentistas encabezada por **mi abuelo Ildfonso**. Un malagueño de mundo, marinero, flamenco por los cuatro costados, que renunció a sus coplas, su puerto y al sol de su Andalucía por una mujer tan mujer como mi abuela. Un hombre que nunca dejó de escribir, de cantar, de contar historias. Primero a ella; luego a ella y a sus hijos; después, a ella y a sus nietos.

A menudo le recuerdo sentado en una silla mientras los niños del barrio escuchábamos absortos las aventuras que narraba de su mar.

- ¡Qué suerte tienes! -decía con envidia mi amigo Angelito-. En nuestra casa nadie cuenta estas cosas.

En efecto: ¡qué suerte la mía!

Ildfonso concedía a ese mar tres características: ser azul, inmenso y libre. Nada luce color más bello, nada le iguala en grandeza, nada tan suyo ni tan de todos.

El verano que mis padres alquilaron un apartamento para pasar una semana en la playa, quedé paralizado. Era tanta la ilusión por ver ese escenario que mi abuelo describía, que se detuvieron todos los infinitivos. Y así, no pude reír, ni llorar, ni salir corriendo... y gracias a que existe el gerundio del verbo respirar porque podría haberme ahogado entre emociones.

Por fin, llegó el día: un domingo 17 de agosto de 1975. ¡Hay fechas que se quedan a vivir en la memoria! Al contemplar desde la ventanilla del SEAT-600 tal explosión de azules, sentí que mi yayo había dicho la verdad. Porque, ciertamente, desde aquella perspectiva el mar transmitía esas cualidades que nos contara con tanto cariño.

En cuanto bajamos a la playa, los tres hermanos corrimos a bañarnos. Gané yo, que por algo seré siempre el mayor. Y allí, por vez primera, estuve frente a sus olas.

Lo toqué, y sentí frío. ¡Qué pena! Algo tan bonito debería estar caliente.

Lo probé, y sabía salado. ¡Qué rabia! Algo tan hermoso merecería ser dulce.

Sin embargo, lo peor aún faltaba por llegar. Formando una especie de cuenco con las palmas de mis manos, intenté llevármelo conmigo. Y descubrí que el agua se escurría entre los dedos. ¡Qué desilusión! Algo tan bello merecería ser mío.

Amparado en mi niñez, rompí a llorar. Desde su balcón volvieron a entumecerse todos los verbos. El océano no es maravilloso, está lleno de defectos: frío, salado y ni siquiera se puede coger.

Ahogado por las lágrimas, justo cuando mamá extendía su toalla, divisé un pequeño barco en la lejanía. Un velero de cuento, de aventuras, de carne y hueso. Un velero como el que, entre relatos, diera mil veces la vuelta al mundo en el preámbulo de cada sueño. Surcaba un horizonte de tonalidades entre celeste y añil, sin más meta que sus ilusiones ni más arancel que su independencia.

Entonces, recordé a mi abuelo y sonreí. Lo hice de corazón, de convicción. Porque, ciertamente, acababa de descubrir que el mar no era como yo quería: caliente, dulce y para mí. Sino, efectivamente, como él me había contado: azul, inmenso y, sobre todo, libre.

Quizás por esa vida que compartiera a su lado, **mi abuela Concha** acabó convirtiéndose en otra cuentista. Ella era una devota del refranero y el santoral: “por San Miguel, los higos son miel”, “de San Pablo en adelante no hay niebla que no levante”, “por Santa Margarita, la lluvia más que dar quita”. Conocía cada refrán de cada santo, a quien se encomendaba a diario desde su devoción. A todos menos a uno: San Valentín; aquel mártir romano que según la tradición fue ejecutado un catorce de febrero por no renunciar al cristianismo y seguir casando parejas en secreto cuando el matrimonio había sido prohibido por el emperador.

Aun siendo presentado como icono del amor, San Valentín nunca obtuvo el beneplácito de Concha. Primero, porque su existencia se ha discutido hasta tal punto que su propia festividad fue borrada del calendario eclesiástico al tratarse probablemente de un santo legendario. Segundo, porque su imagen había sido

acaparada por los centros comerciales a fin de aumentar las ventas tras la cuesta de enero. Y tercero, muy importante, porque carecía de refranes.

Mi abuela solía contar cosas que pudieran servirnos cuando fuéramos mayores. De su mano aprendí a qué saben los besos (“uvas con queso saben a beso”), el lenguaje de las flores (rojo significa amor pasional, amarillo es amistad, blanco equivale a pureza, sin espinas quiere decir sin dudas) y algo imprescindible en nuestra vida: que cada cual administra sus sentimientos como quiere.

En su infancia tenía dos amigas: Carmen y Josefa. La primera conservaba un tarro de cristal del *Nescafé* lleno de canicas; cada una de un color, recordando al de los ojos de algún familiar cercano. La segunda escondía en una caja metálica del *Cola Cao* cientos de mechones; cada cual de una tonalidad, simulando a la del cabello de cuantos muchachos le atraían. Y por fin, mi abuela, poseía una caja de bombones de *Nestlé* en la que guardaba todos los relatos, llenos de amor, humor y mar, que le escribiera ese novio llamado Ildfonso. En sus costumbres respectivas, Carmen, Josefa y Concha convirtieron en reliquia un simple envase. Vidrio, latón y cartón elevados a la categoría de tesoro. Quizá por ello, yo acostumbre a guardar mis afectos entre las páginas de los libros que escribo.

No quisiera cerrar este repaso a los cuentistas de mi familia sin nombrar al **tío Gonzalo**, mi padrino. De su voz aprendí todos, absolutamente todos los cuentos infantiles, se hubieran o no inventado. Saqué billete en los *viajes de Gulliver*, compartí desayuno con la familia de *Pulgarcito*, bucéé entre corales junto a la *Sirenita* y aprendí, colorín colorado, que sólo al final de la historia sabremos cómo termina.

Cierta tarde de invierno (recuerdo que era invierno porque hacía mucho frío) pregunté a mi tío por la principal diferencia entre las personas y los animales.

- Eso depende de a quién se lo plantees -me contestó frunciendo su entrecejo-. Un cocinero siempre responderá que los animales no hacen ningún guiso. Un pintor, que son incapaces de dibujar sobre el lienzo. Un matemático, que no saben sumar... Pero si le preguntas a un cuentista como yo, te dirá la verdad: nosotros contamos mejor los cuentos.

¡Qué cierto!; porque mi tío los narraba de maravilla.

Por eso, lo confieso: creo y creeré en el cuento. Un género para todos que, como sostiene Jorge Bucay, “duerme a los niños y despierta a los adultos”. Creo en ellos, con o sin moraleja, pero siempre reflexivos. Con amor y con humor. Para leer y releer, para encontrar sin buscar. Para los que leen mucho y quienes leen poco. Para los que leen a cualquier hora o reservan su lectura a la antesala de tantos sueños.

No en vano, hallo mi credo en aquellos versos de León Felipe:

*Yo no sé muchas cosas, es verdad.  
Digo tan sólo lo que he visto.  
Y he visto:  
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,  
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,  
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,  
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,  
y que el miedo del hombre...  
ha inventado todos los cuentos.  
Yo no sé muchas cosas, es verdad,  
pero me han dormido con todos los cuentos...  
y sé todos los cuentos.*

Lo advertí: a pesar del lenguaje, del diccionario y de las tentaciones que vengan desde la novela histórica, siempre seré un cuentista. Lo llevo en los genes.